

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción. Honor y Patria | 13 |
| Capítulo 1. Chile en revolución | 31 |
| Capítulo 2. El giro carrerino a la revolución chilena | 67 |
| Capítulo 3. La emigración en las Provincias del Plata | 111 |
| Capítulo 4. El camino de la conspiración y el peso de la justicia revolucionaria | 153 |
| Capítulo 5. Al acecho de los directoriales | 203 |
| Capítulo 6. El húsar desdichado | 261 |
| Agradecimientos..... | 309 |
| Bibliografía | 311 |

Introducción

Honor y Patria

Las palabras están cargadas de sentimientos. *Honor* palabra muy vieja, derivada del latín, palabra medieval, palabra que desempeñó gran papel durante la Edad Media, palabra que ha traducido con fuerzas los sentimientos de los hombres de la Edad Media durante años.

Patria palabra mucho más reciente, palabra de formación sabia, palabra del siglo XVI, que no empezó a tomar su verdadero sentido sino lentamente entre las élites; que durante mucho tiempo conservó su carácter de palabra para sabios... Y que sólo adquirió un sentido más fuerte, más rico, más extenso en el siglo XIX, al apoyarse en la realidad de la nación.

Lucien Febvre, *Lección II*,
Collège de France, 1945-1946

1

La figura de José Miguel Carrera ocupa un lugar controvertido tanto en la historiografía chilena como en la argentina. Ese lugar sin duda resulta tributario de una convulsionada vida política dirimida por los avatares de las revoluciones de independencia en los confines australes del antiguo imperio español, en la cual la fragilidad de sus éxitos y la contundencia de sus fracasos despliegan de forma traumática las vicisitudes a las cuales se enfrentan quienes se proponen asaltar el poder.

Nacido en la antigua capital del reino de Chile, en 1785, en el seno de linajes patricios, José Miguel había ensayado sus primeras armas en defensa del monarca legítimo en la Península y, como tantos otros ame-

ricanos, emprendió el viaje de regreso a su Patria para plegarse a la marea insurgente que envolvía a las principales ciudades de las posesiones españolas en América. Convertido luego en cabeza de la facción más radical del nuevo gobierno chileno, después de sofocado el foco revolucionario por las fuerzas realistas en Rancagua, José Miguel, junto a muchos otros, emprendió el camino del exilio a los territorios libres de las Provincias del Plata. Entre 1814 y 1821 el otrora caudillo de la revolución chilena quedó desplazado de la conducción de la guerra de independencia. En ese lapso, el personaje se incorporó de lleno en el escenario político del Río de la Plata a partir de alianzas inestables, con el propósito de combatir el poder de los “tiranos” que obstruían su regreso al Chile ya independiente, representado por la conducción autocrática de Juan Martín de Pueyrredón en Buenos Aires, José de San Martín en Cuyo y de Bernardo O’Higgins en Santiago. En medio de una enredada trama de conspiraciones urdida con apoyos chilenos y rioplatenses, que conoce un punto de inflexión notable en 1818 con el fusilamiento de sus hermanos Juan José y Luis en Mendoza, capital de la jurisdicción cuyana, y de Manuel Rodríguez en Chile para cuando las tropas patriotas habían coronado su éxito en Maipú, Carrera asiste a una metamorfosis política que lo transforma en el antihéroe de la epopeya guerrera, al convertirse en líder de fuerzas irregulares en la jurisdicción de las Provincias Unidas del Río de la Plata cuyas acciones políticas incluían desde la guerra de guerrillas hasta el asalto y el saqueo.

El final de José Miguel Carrera podía ser esperable en el contexto del éxito militar obtenido por sus antiguos adversarios en Chile y en Lima, y de los gobiernos provinciales aliados que habían integrado la *antigua unión* quienes coordinaron una estrategia común con el fin de exterminar su influencia. El 31 de agosto de 1821, después de perder una batalla con recursos exiguos en el tórrido paisaje del norte mendocino, fue conducido ante los herederos del poder sanmartiniano en Mendoza quienes dirigieron el juicio sumario que lo condenó a muerte por alentar la “anarquía” a uno y otro lado de los Andes. Al igual que sus hermanos, y en el mismo escenario, el chileno vestido con su uniforme de húsares pidió morir de pie y con los ojos descubiertos ante la muchedumbre reunida en la Plaza Mayor. Siete años más tarde, los restos de José Miguel y de sus hermanos fueron trasladados a Chile por una comitiva integrada por antiguos compañeros de ruta con motivo de dedi-

carles un homenaje póstumo en la ciudad que los había visto partir en 1814. Con ese acto público, y en el seno de la convención constituyente, el sector pipiolo que reunía a algunos de sus partidarios no sólo pretendía saldar la deuda moral de la independencia sino también ensayaba ese ejercicio necesario de olvidos y recuerdos destinados a crear el mito fundacional de la nueva nacionalidad.

2

Desde temprano las historiografías decimonónicas se hicieron eco del dilema Carrera bajo registros mayoritariamente negativos. A excepción de la versión romántica que dedicara Benjamín Vicuña Mackenna al “ostracismo de los Carrera”, editado en 1857, la historiografía chilena enfatizó las supuestas responsabilidades del líder chileno en el fracaso político e institucional de la Patria Vieja, y su impacto correlativo en la malograda conducción guerrera dirigida contra las fuerzas realistas impulsada por el virrey Fernando de Abascal que no sólo restauraron el poder monárquico en el bastión chileno sino que ante todo restablecieron la dependencia “peruana” entre 1814 y 1817.¹ Esa imagen cuidadosamente documentada por Diego Barros Arana no ha sufrido sustantivas modificaciones ni por sus defensores ni tampoco por sus refractarios hasta lecturas muy recientes, en las que prevalecen interpretaciones que vinculan la experiencia carrerina del tiempo de la Patria Vieja con la cultura política oligárquica, militarista y dictatorial en la temprana vida del Chile independiente;² o la que atribuye al momento carrerino de la revolución chilena la temprana construcción de lazos e identificaciones colectivas nacionales como resultado de la militarización y producción simbólica dirigida por José Miguel que viene a problematizar algunas versiones canónicas asentadas generalmente en la lucha de camarillas o clanes familiares rivales, o, en su defecto, las que consideran la escasa o nula conexión entre la política y los intereses de las elites chilenas con las sensibilidades y acciones políticas del *bajo pueblo*.³

En cambio, para los historiadores decimonónicos de la revolución argentina, sobre todo López y en menor medida Mitre, la controversia en torno a la figura de José Miguel transita por otros carriles: si el his-

torizador que hizo de la biografía de José de San Martín el soporte de la proyección sudamericana de la revolución rioplatense, Bartolomé Mitre –amigo de Barros Arana– atempera el juicio histórico del tenaz adversario de San Martín en función de la tragedia familiar y política que envolvió a los hermanos Carrera entre 1818 y 1821,⁴ la mirada de Vicente Fidel López es sustantivamente más descalificadora en la medida en que impugna decididamente el accionar político de José Miguel en el conflictivo escenario rioplatense que determinó la caída del orden revolucionario, cuando el chileno integró la coalición de jefes federales del litoral que avanzaron sobre la emblemática ciudad de Buenos Aires en febrero de 1820, clausurando el predominio de la “burguesía porteña” y envolviendo al país en la “anarquía”.⁵ La reconstrucción lopeciana consigue entrar en diálogo con la imagen perdurable que de esa inclusión política bosquejaron los propios contemporáneos. Un amplio espectro de personajes que incluye a los hermanos Robertson, José María Paz, Tomás de Iriarte, Manuel de Olazábal, Manuel de Pueyrredón o Hilarión de la Quintana trazaron estampas inmejorables de la efímera e impactante experiencia carrerina en la jurisdicción de las Provincias Unidas.⁶

A pesar de su sorda pervivencia en la literatura histórica argentina, el registro lopeciano resultó matizado más tarde cuando los estudiosos de la vida política rioplatense y del litoral argentino arrojaron nuevas evidencias sobre las condiciones específicas en las que el accionar político de José Miguel interfirió en la política directorial y en el plan continental sanmartiniano revelando las razones que justificaron su inclusión en el elenco de líderes federales que derribaron el poder directorial, y su fugaz aunque incisivo protagonismo en la vida política de la ciudad y la campaña bonaerense, y de las provincias de la antigua unión desde la crítica coyuntura de 1820 hasta el trágico desenlace de Punta del Médano.⁷

Estos avances, sin embargo, no resultaron suficientes para desmontar una imagen cuasi petrificada del desempeño político del caudillo chileno en el curso revolucionario sudamericano cuyos orígenes fácilmente pueden rastrearse en los testimonios de sus adversarios, y que fueron retomados casi sin mediaciones por las narrativas clásicas. Miradas en conjunto, las versiones ofrecidas por los historiadores interpretan el comportamiento político de José Miguel Carrera bajo supues-

tos genealógicos y esencialistas con los cuales desnaturalizan no pocos aspectos de un accionar político dirimido en las coordenadas propias de la coyuntura revolucionaria, y lo que no es menos importante, terminan evaluando dicho desempeño por un resultado conocido de antemano anclado la mayoría de las veces en visiones unidireccionales. La trayectoria política de Carrera en Chile y en el Río de la Plata aparece entonces jalonada por una serie casi interminable de desaciertos, errores y desventuras políticas en la que prevalecen la aspiración personal y familiar, el escaso apego a la institucionalidad por la ausencia de experiencia administrativa previa y por una concepción patrimonialista del poder, errores estratégicos para hacer la guerra, incoherencias conceptuales o ideológicas, intrigas conspirativas, delirios y sed de venganza personal. En síntesis, en las historias de vida carrerina lo “personal” invade “lo político”, y esa malograda trayectoria individual se enarbola como contraejemplo paradigmático del derrotero heroico de quienes debían asegurar la independencia y construir el Estado-nación. ¿Hasta qué punto la historiografía más reciente permite interceptar estas versiones canónicas? En otras palabras ¿en qué medida la restitución del peregrinaje carrerino es capaz de iluminar las complejas y, por cierto, ambiguas dinámicas de las experiencias revolucionarias dirimidas en ambos márgenes de los Andes? Este libro propone algunas respuestas a estos interrogantes.

3

José Miguel dejó testimonio de sus pasiones libertarias en una profusa correspondencia epistolar, numerosos impresos y en un minucioso *Diario militar* dedicado especialmente a registrar su ascenso al poder, y las razones de su fracaso político en Chile durante la magra primavera de 1814. Esa suerte de ejercicio autobiográfico, escrito en la penumbra de la derrota, reúne centenares de páginas en las cuales el líder de fortuna trunca describió los pasos que siguió para conquistar la independencia chilena, y las desventuras padecidas a raíz de desinteligencias políticas y luchas facciosas que, a su juicio, entorpecieron el camino de la emancipación y restauraron el pendón real en Chile hasta 1817.

Esa larga enumeración de aciertos y errores que aparece encabezada por su foja de servicios y grados militares cosechados en España, altera sin embargo un orden cronológico básico: el primer acontecimiento registrado por el chileno data del 25 de mayo de 1810 cuando aun no había regresado a Santiago, y permanecía en la Península enrolado en la guerra contra las tropas napoleónicas. El dato para José Miguel no podía pasar desapercibido de ningún modo a pesar de su ausencia: según las crónicas, en aquellos días de mayo del año diez el todavía gobernador García Carrasco había detenido a tres notables chilenos por tener evidencias firmes de que estaba todo preparado para formar una Junta “para seguir los pasos de Buenos Aires”.⁸ Sin duda, se trata de una estrategia narrativa y política fascinante por medio de la cual José Miguel se incluía de lleno en el proceso político disparado en 1810, y a través de la cual no sólo asociaba sino que ponía en plano de igualdad los procesos insurgentes de ambos lados de los Andes, pretendía eludir el supuesto retraso de constitución de la primera Junta de gobierno en Chile en relación a otros bastiones sudamericanos, y justificaba decididamente la necesidad de acciones coordinadas, no de subordinación, en la conducción de la guerra contra los realistas. En otras palabras, la alteración realizada por José Miguel respondía concretamente a las coordenadas de un momento político que modificó de cuajo su posición relativa al interior de las elites revolucionarias, y la de todo un orden social y político destinado a languidecer en beneficio de la nueva legitimidad republicana. Carrera no había dudado en ubicar 1810 como punto de partida de un nuevo tiempo político, y del sentido fundacional atribuido al *acto soberano* de instalación de la primera Junta patriótica que desconoció la cadena de autoridad política hasta entonces aceptada como legítima. Esa convicción de estar viviendo un tiempo revolucionario, de “regeneración política”, radicalmente distinto al de sus antepasados, no era independiente de otra convicción no menos importante. A los ojos de José Miguel Carrera, ese momento de ruptura sí reconocía la unidad de un proceso general que era americano, no podía eludir la especificidad de los experimentos revolucionarios, y del lugar que se había reservado para sí mismo en la “guerra de revolución” chilena.

Al preguntarse cómo las unidades administrativas hispanoamericanas pudieron llegar a ser concebidas a través del tiempo como patrias, Benedict Anderson propuso “examinar las formas en que los organis-

mos administrativos crean significado” postulando el papel del viaje o de la peregrinación como experiencia imaginaria potente de “creación de significados”.⁹ ¿A qué imágenes nos enfrenta el itinerario errante de José Miguel Carrera antes y después de su partida de Chile como consecuencia de la derrota política y militar?

Ensayar algún tipo de respuesta al interrogante requiere ubicar aquella experiencia biográfica en el cruce de tres problemas vigentes en la historiografía hispanoamericana contemporánea: el primero remite a la emergencia y declive de los liderazgos políticos como consecuencia del giro revolucionario, y a las inflexiones que el ciclo de la guerra de independencia (y de las civiles que acompañaron su derrotero) habría de imponerles como condicionamiento material básico para la acción política. En tal sentido, la historia de José Miguel ofrece indicios sugestivos para evaluar no sólo los recursos, estrategias y contextos que vigorizaron su enarbolamiento político y su posterior marginación de la conducción revolucionaria. Ese *cursus honorum* oblicuo de quienes, como el chileno, emprendieron la carrera de la revolución encierra en su interior un segundo problema igualmente relevante: este es, el que hace a la indeterminación de las entidades políticas emergentes del colapso imperial y de la monarquía española que hasta 1808 había configurado el esquema de identificación política y cultural en una parte nada desdeñable del mundo atlántico.¹⁰ El tercero no es menos importante para la biografía insurrecta que nos ocupa: la trayectoria de José Miguel permite explorar el peso relativo que obtuvieron las identidades políticas y/ administrativas previas al colapso imperial en la sedimentación de las comunidades políticas soberanas sin que ellas representen necesariamente procesos identitarios homologables a los contruidos después de 1830, cuando el romanticismo otorgara a las elites políticas e intelectuales hispanoamericanas los recursos conceptuales y políticos para convertir la experiencia histórica previa en dispositivo fundante de las nuevas nacionalidades nacidas de la pulverización del poder español.¹¹

Resulta por demás probable que la trayectoria carrerina constituya un *caso límite* del fenómeno antes formulado. En sentido estricto, la especificidad de la experiencia chilena, y de su excepcionalidad a la hora de asentar el orden político republicano y centralizado en la década inmediata a la clausura de la guerra de independencia, no dejó de ser

reconocida ni por los contemporáneos ni tampoco por la literatura hispanoamericana que le siguió. Al respecto, y haciéndose eco de un dilatado consenso entre historiadores chilenos,¹² Simon Collier postuló que una “cierta nacionalidad chilena había empezado a surgir ya en tiempos de la colonia” aunque era una cuestión que debía ser tomada en cuenta con “prudencia”.¹³ No obstante, la historiografía chilena más reciente ha destacado la temprana asociación entre las nociones de patria y nación durante la experiencia política comprendida entre 1810 y 1814 postulando la virtual ruptura de los sentidos atribuidos durante el período colonial, y entendiéndola en clave política, sujeta a restringir el cuerpo político al contorno específico del reino y vinculada con la noción de independencia.¹⁴

Convendría recordar además que fue el mismo Simón Bolívar quien se hizo eco de algunas de sus particularidades al advertir el desafío al que se enfrentaban los proyectos confederativos imaginados por las elites criollas para sujetar las tendencias regionalistas o los “localismos” –para ser fieles al lenguaje de época– que atentaban contra la pretendida “unidad americana” con las que algunos confiaban remplazar la unidad imperial y el mito monárquico. “El reino de Chile –conjeturaba en su célebre *Carta de Jamaica* en 1815– está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena”.¹⁵

Aunque la percepción de Bolívar iba a prevalecer en el escenario hispanoamericano posterior, al revelarse que el éxito militar de las elites criollas sobre los ejércitos leales al Rey no resultó suficiente para hacer de él la base de gobiernos estables en la nueva geografía americana, habría de ser la guerra misma la que terminaría de amalgamar identidades políticas distintas a las existentes con anterioridad a su irrupción bosquejando un nuevo mapa de lo que hasta entonces habían sido las Indias españolas.¹⁶ Ese denso, y al mismo tiempo veloz, proceso de remplazo entre las Patrias criollas y la formación de los estados nacionales estuvo en más de un punto condicionado por el desarrollo de la guerra. “Si las naciones no preexistían a la independencia eran entonces su consecuencia”, ha señalado Clément Thibaud en un artículo re-

ciente,¹⁷ concluyendo que la guerra constituirá un factor decisivo en el proceso de configuración de identidades políticas de indiscutible protagonismo en la resolución de la independencia y la construcción de los estados nacionales después de 1830. Todo parece indicar entonces que si en el colapso del imperio español la pertenencia americana fue esgrimida por los movimientos independentistas, la clausura de la guerra habría precipitado su pulverización al exigir desplazamientos territoriales de colectivos humanos nunca conocidos que imprimieron direcciones, en ocasiones inesperadas, y contribuyeron a matizar la genérica identidad “americana”.¹⁸

En sentido estricto, aquella experiencia sociocultural y política por la cual las “comunidades reales de origen” fueron radicalmente transformadas, sin que hubieran coagulado aun las que habían de reemplazarlas, ha sido un tópico medular de la historiografía dedicada a examinar la genealogía de la nación y de los nacionalismos en el temprano siglo XIX.¹⁹ En su pionero estudio sobre naciones y nacionalismos, Eric Hobsbawm postuló que un criterio decisivo del “protonacionalismo” consiste en “la conciencia de pertenecer o de haber pertenecido a una entidad política duradera”, sin que ello suponga el reconocimiento de estar frente a la “nación política”.²⁰ Esa advertencia aparece unida a otros recaudos no menos importantes para el tema que nos ocupa en la medida que sólo incluye a una porción reducida de habitantes, es decir, las elites privilegiadas, aunque en esos procesos de identificación colectiva también tienen cabida los “protonacionalismos populares” los cuales, generalmente, a juicio del historiador británico, aparecen organizados en torno a los recuerdos “del antiguo reino derrotado” que resultan conservados, la mayoría de las veces, en “leyendas y canciones heroicas”. Esa memoria real o inventada ejerció un atractivo especial para quienes pretendieran fundar más tarde el nacionalismo moderno cuyo objeto fue instaurar “la nación como estado territorial”.

De aquel fascinante proceso de mutación política y cultural habrían de dar cuenta innumerables testimonios de los guerreros de la independencia, y su evocación no estuvo ausente de los *relatos escritos* que comenzaron a circular de manera simultánea a la clausura definitiva del dominio español en América. En 1825, para cuando la victoria de Ayacucho había refrendado el triunfo de las huestes patriotas en el

Perú, un oficial veterano del disuelto ejército de los Andes, que había protagonizado la campaña de la sierra, trazó un inmejorable cuadro de las formas en que los “lazos protonacionales” y las “entidades administrativas” previas habían movilizadas sensibilidades de pertenencia colectivas: “El regimiento más fuerte y más acreditado que tenía el ejército del Rey –confesaba el teniente coronel Aguirre– era el de Numancia. Este se pasó a las banderas de la patria, porque todos eran colombianos [...] Entonces arrojó la cucarda española, y substituyó en su lugar la escarapela colombiana, a que por origen pertenecía. Desde entonces ya el ejército se compuso de tres escarapelas americanas unidas”.²¹

Por consiguiente, el tema al que nos enfrenta el testimonio del guerrero de la independencia antes expuesto, y por ende, la biografía revolucionaria que nos ocupa, permite examinar y más precisamente restituir *al ras del suelo*, aquel interrogante que formulara Anderson en torno a las razones que explican por qué las formas de resistencia americana a las metrópolis europeas fue concebida en “formas nacionales, plurales, y no en otras” y, ante todo, las razones por las cuales “comunidades imaginadas” en el plano “emocional” se hicieron viables en el “terreno político”. Bajo estos presupuestos, el problema de la continuidad y de la supuesta coherencia conceptual de la nación y/o de los nacionalismos pierde relevancia si nos atenemos a la especificidad de la relación entre nacionalismo y cultura en torno a la cual la literatura especializada señala como teñida o cruzada de ambigüedades, convergencias y disensos. Al respecto, Fernández Bravo ha sugerido que la identidad nacional no supone una meta sin fisuras

[...] sino que se establece a partir de sucesivas fracturas y subdivisiones [...] como una relación marcada por la violencia y la fragmentación, en la que los modelos se imponen luego de negociaciones y combates, y en la que el artefacto cultural donde la nación cobra forma nunca es una entidad estable, un molde o meteta alcanzada luego de una operación ideológica y mecánica.²²

En suma, la nación no termina siendo una formulación definida sino que amerita ser entendida en discursos contingentes y provisorios siendo difícil localizar alguna formulación o manifestación definitivamente compacta y uniforme en el temprano siglo XIX.

Esta investigación asume estos presupuestos para indagar los pormenores de aquella fascinante experiencia histórica en un contexto específico, y a través de una trayectoria biográfica particular. Cualquier lector entrenado en aquel atribulado proceso de transformación política y cultural advertirá que se trata de una estrategia narrativa de ningún modo original. La figura de José Miguel ha cosechado regueros de tinta a uno y otro lado de los Andes desde las décadas inmediatamente posteriores a la clausura de la guerra de independencia. Si el punto de partida de esa dilatada genealogía biográfica aparece representado por el escorzo escrito por Diego José Benavente, quien glorificó el protagonismo político de su antiguo compañero de lucha, el vibrante relato de Benjamín Vicuña Mackenna habría de sumarle un eslabón insustituible que estaría destinado a despertar la polémica en torno al destino trágico de los hermanos Carrera en el Río de la Plata y de la supuesta responsabilidad de San Martín en ese resultado.²³ En Buenos Aires, la pluma de Tomás de Iriarte sería la encargada de sumar un nuevo capítulo a la historia rioplatense del infortunado chileno que ameritó un comentario elogioso por parte de Miguel Navarro Viola.²⁴ Y si esa versión estaba dedicada a preservar las razones que los había reunido en el conglomerado de opositores que acecharon el poder de los directoriales entre 1818 y 1820, la *Revista de Buenos Aires* se convertiría en la principal caja de resonancia de aquellas controversias al dar a conocer un nutrido repertorio de refutaciones, memorias y justificaciones sobre el desempeño del eterno rival sanmartiniano en su trayecto rioplatense.²⁵ Desde entonces, los historiadores de ambos márgenes de los Andes sumaron esfuerzos en varias direcciones para corregir, matizar y, en algunos casos, sumar nuevas evidencias sobre el atribulado derrotero del chileno sin alterar en lo sustancial el eje de la disputa sobre su desempeño político.²⁶

El objetivo que persigo en estas páginas, si reconoce ese acervo bibliográfico, difiere sensiblemente de aquellas versiones al proponer un acceso distinto al problema biográfico. Generalmente esas historias de vida están sujetas la mayoría de las veces a crear un relato coherente y lineal en el que prevalece —como lo ha advertido Bourdieu— “una secuencia significativa y orientada de acontecimientos” en beneficio de una ilusión retórica y una representación común. El viraje bourdiano a